



Nuria Chinchilla y Maruja Moragas

Despropósitos mecánicos

Los ordenadores y aparatos tecnológicos de última generación nos entusiasman. El desarrollo de nuevas aplicaciones facilita nuestro quehacer diario, la comunicación, ordena la agenda y nos permite acceder a la información. Son juguetes que programamos, manipulamos y reemplazamos en cuanto sale al mercado otro mejor.

Las organizaciones han podido expandirse gracias a las nuevas tecnologías y al desarrollo de sistemas. Su éxito provoca que, en ocasiones, se transfiera ese modo de afrontar la realidad a entornos humanos y a mirar a las personas con las mismas gafas con las que se ven las máquinas. Es una pérdida de visión. Actúa así la empresa que contempla a los empleados como

simples funciones o piezas mecánicas y valora sólo su tarjeta de visita o su nómina. Las convierte en *recursos* fácilmente suprimibles, cambiables o comprables. Este hecho repercute negativamente en la eficacia de la empresa, pues compromiso y motivación de los empleados son menores.

En la familia, esta visión es reconocible en expresiones del tipo: "la madre/el padre de mis hijos". Se alude sólo a una función, y como tal, cualquiera de sus miembros es manipulable, intercambiable o reprogramable. Si le sumamos la idea de que los deseos y sentimientos son origen de derechos, se puede llegar a la arbitrariedad: la ley del más fuerte sobre los derechos de los débiles. Así, se programan, encargan y compran niños condenándoles a la orfandad de padre y/o madre ya antes de su nacimiento. Nos convertimos en apisonadoras

de derechos humanos. Padres y madres no tienen ningún derecho a los hijos. No son de su propiedad. Los niños tienen su propia dignidad y sus derechos son de igual rango que los de los mayores. Además, los hijos sí tienen derecho a lo más básico: su propio padre y madre.

El ambiente irrespirable del materialismo al uso requiere abrir puertas y ventanas para que vuelva a entrar la humanidad. ¿Cómo? Primero, reconociendo los despropósitos, viendo dónde nos hemos equivocado y por qué. Nadie cambia lo que no ve. Segundo, aprendiendo de los errores. Por último, dándonos cuenta de que regenerar cualquier tipo de organización humana requiere la mejoría de quienes la componen. Empresas y familias no son perfectas, porque las personas no lo son. Pero todos podemos humanizarnos más.●

N. CHINCHILLA y M. MORAGAS, *profesoras del lese*